

JAMES ROLLINS

EL MAL DE JUDAS



rocaeditorial ● misterio

Un *thriller* trepidante que combina historia e intriga científica por el autor de *La orden del Sol Negro*.

El mal de Judas



El mal de Judas

James Rollins

Traducción de Enrique Alda

Rocaeditorial

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, hechos y diálogos son producto de la imaginación del autor y no están basados en la realidad. Cualquier parecido con hechos o personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia.

Título original inglés: *The Judas Strain*
Copyright © Jim Czajkowski, 2007

Published in agreement with the author,
c/o Baron International, Inc. Armonk, New York U.S.A.

Mapa proporcionado y dibujado por Steve Prey. Derechos reservados.

Primera edición: abril de 2010

© de la traducción: Enrique Alda
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-106-6
Depósito legal: M. 7.587-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Carolyn McCray, que leyó los primeros borradores de este libro y no se rio demasiado.

Nota de los archivos históricos

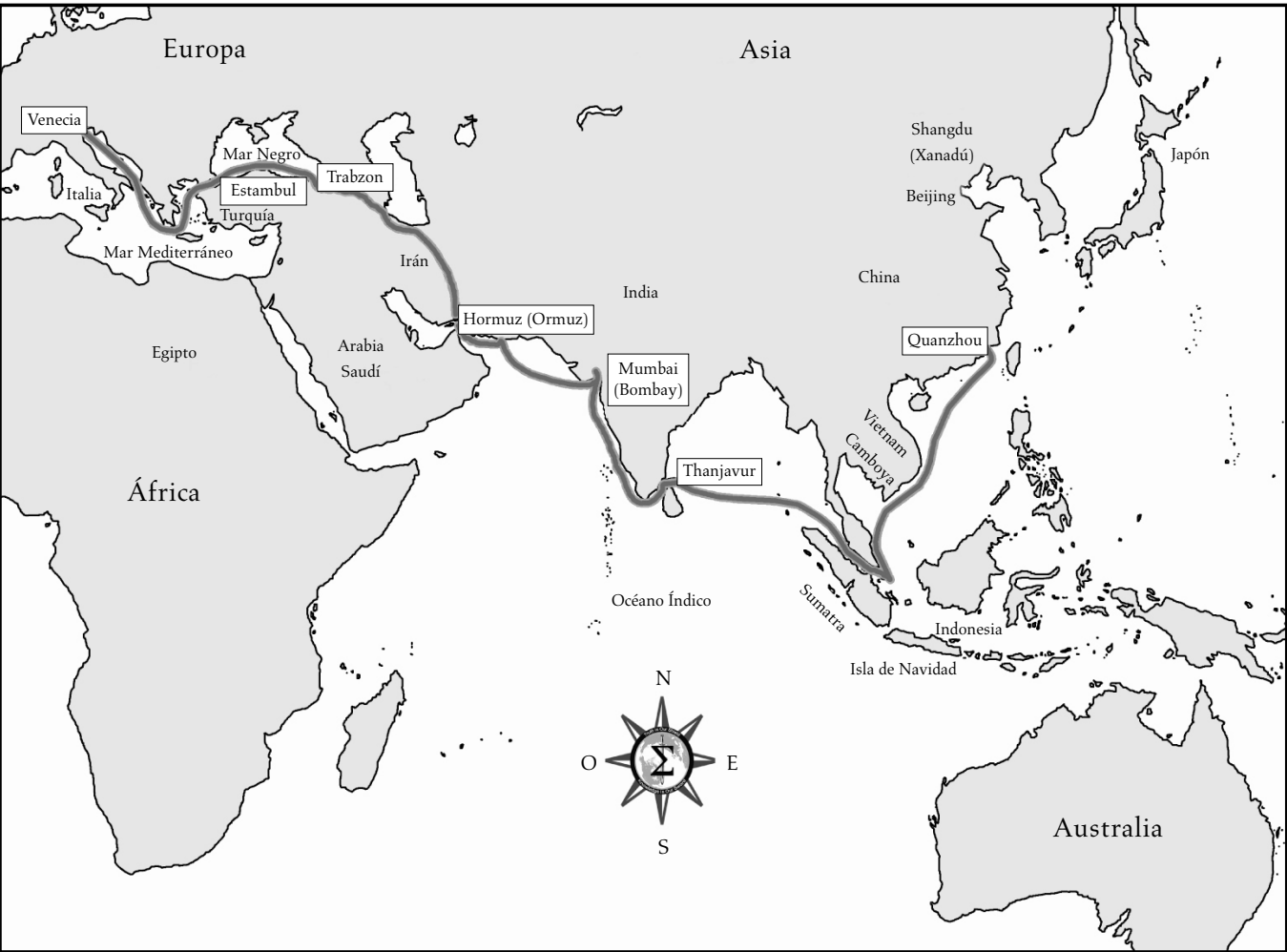
Aquí hay un misterio. En 1271 un veneciano de diecisiete años llamado Marco Polo emprendió un viaje con su padre y su tío a los palacios de Kublai Kan en China. Aquel periplo duró veinticuatro años y alimentó relatos sobre las exóticas tierras que se extienden al este del mundo conocido: narraciones extraordinarias sobre desiertos sin fin y ríos de jade, ciudades profusamente pobladas e impresionantes flotas, piedras negras combustibles y dinero de papel, animales indescritibles e insólitas plantas, caníbales y chamanes.

En 1295, tras servir diecisiete años en la corte de Kublai Kan, Marco Polo regresó a Venecia, donde el escritor romántico francés Rustichello escribió un libro basado en su relato, al que llamó en francés antiguo *Le divisament du monde* (*La descripción del mundo, Libro de las maravillas del mundo o Los viajes de Marco Polo*). Aquel libro tuvo un gran éxito en Europa e incluso Cristóbal Colón llevó un ejemplar en su viaje al Nuevo Mundo.

Pero sigue habiendo una historia en ese viaje que Marco Polo siempre se negó a contar y a la que sólo se refirió de forma indirecta. Cuando abandonó China, Kublai Kan le concedió catorce inmensos navíos y seiscientos hombres, pero cuando llegó a puerto tras dos años de travesía, sólo le acompañaban dieciocho hombres y dos barcos.

El destino del resto de naves y acompañantes sigue siendo un misterio. ¿Se debió a un naufragio, tempestades, piratas? Jamás lo contó. De hecho, en su lecho de muerte, cuando se le pidió que diera algún detalle o se retractara de su relato, contestó de forma enigmática: «No he contado ni la mitad de lo que vimos».

Viaje de regreso de Marco Polo (1292-1295)

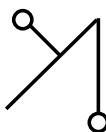
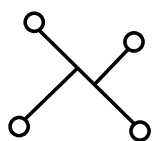
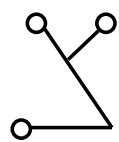


La pestilencia llegó en primer lugar a Kaffa, en el mar Negro. Allí los poderosos tártaros mongoles habían puesto cerco a los mercaderes y comerciantes genoveses. La peste azotó los ejércitos mongoles con abrasadores abscesos y vómitos de sangre. Infundidos de maldad, los señores de la guerra mongoles utilizaron las catapultas para lanzar sus muertos por encima de las murallas genovesas y extender la peste con una siembra de cuerpos y perdición. En el año de la encarnación del hijo de Dios de 1347, los genoveses se dieron a la fuga en doce galeras hacia Italia, al puerto de Mesina, y con ellos trajeron la muerte negra a nuestras costas.

Duque M. Giovanni, *El Apocalipsis*

La causa de que la peste bubónica apareciera de repente en el desierto de Gobi en la Edad Media y acabara con la vida de un tercio de la población mundial sigue siendo un misterio. De hecho, nadie sabe por qué tantas epidemias y gripes del último siglo —síndrome respiratorio agudo severo, gripe aviar— se han producido en Asia. Lo que sí se sabe con razonable certitud es que la próxima gran pandemia se originará de nuevo en Oriente.

Centros para el Control y la Prevención
de Enfermedades de Estados Unidos
Compendio de Enfermedades Infecciosas, mayo de 2006



Sumatra, sudeste de Asia
Medianoche

Los gritos habían cesado por fin.

Doce hogueras resplandecían a medianoche en el puerto.

—*Il dio, li perdona* —le susurró su padre. Pero Marco Polo sabía que Dios no le perdonaría aquel pecado.

Un puñado de hombres aguardaba junto a los dos botes varados en la playa, únicos testigos de las piras funerarias que ardían en aquella oscura laguna. Al elevarse la luna habían prendido fuego a las doce embarcaciones, unas imponentes galeras, con la tripulación a bordo, tanto los muertos como los pocos condenados que seguían con vida. Los palos de las naves elevaban unos llameantes dedos acusadores hacia el cielo. Una lluvia de ceniza caía sobre la playa y sobre los pocos testigos de aquella escena. El hedor a carne quemada inundaba la noche.

—Doce barcos —murmuró su tío Maffeo apretando un crucifijo de plata—. La suma de los apóstoles.

Por fin habían cesado los gritos de los atormentados y desde la arenosa orilla sólo se oía el chisporroteo y crepitar de las llamas. Marco Polo deseó apartar la mirada de aquella visión. Otros, faltos de arrojo, se habían arrodillado y daban la espalda al agua, con el rostro pálido como una osamenta.

Todos estaban desnudos. Cada uno de ellos había inspeccionado el cuerpo del que tenía al lado en busca de algún vestigio de aquella mácula. Incluso la princesa del Kan, oculta tras una cortina de seda por pudor, sólo llevaba puesta su preciosa diadema. Marco Polo se fijó en su grácil figura a través de la tela,

iluminada por el fuego que ardía tras ella. Sus sirvientas, desnudas a su vez, habían explorado a su señora. Se llamaba Kokacin, la princesa azul, una doncella de diecisiete años, la misma edad de Marco Polo cuando había comenzado aquel viaje en Venecia. El gran Kan había encomendado a la familia Polo que la entregaran sana y salva a su prometido, el kan de Persia, nieto del hermano de Kublai Kan.

Hacía una eternidad de aquello.

¿Habían transcurrido solamente cuatro meses desde que la tripulación de una de las galeras había enfermado, con evidentes sarpullidos en las ingles y bajo los brazos? Aquel mal se había propagado como aceite ardiendo, había desguarnecido las galeras de hombres capaces y los había dejado varados en aquella isla de caníbales e insólitos animales.

En la oscura jungla seguía oyéndose el batir de los tambores, pero los indígenas sabían bien que no debían acercarse a aquel campamento, como el lobo que evita un cordero enfermo ante el olor a descomposición y putrefacción. Los únicos signos de su intromisión eran las calaveras que colgaban de los árboles, sujetas con enredaderas por los ojos, como advertencia contra una invasión o incursión.

La enfermedad había mantenido a los salvajes a raya.

Aunque no por mucho tiempo.

Aquel cruel fuego había conseguido derrotar a la enfermedad y había dejado con vida tan sólo a un puñado de supervivientes. Los que no mostraban sarpullidos.

Siete días antes habían encadenado y conducido a los enfermos, con agua y comida, a los barcos fondeados. El resto había permanecido en tierra, recelosos ante el menor signo de contagio entre ellos. Los desterrados no habían dejado de gritar en ningún momento y suplicaban, lloraban, rezaban, maldecían y se desgañitaban. Aunque lo peor eran las esporádicas risas, producto de la locura.

Mejor habría sido cortarles el cuello con un misericordioso y rápido cuchillo, pero todos temían el contacto con la sangre de los enfermos. Prefirieron enviarlos a los barcos y encerrarlos con los muertos.

A la puesta del sol un extraño brillo se elevó en las aguas que se estancaban alrededor de la quilla de dos de los navíos y

se propagó como leche derramada sobre el manso y oscuro mar. Ya habían contemplado ese brillo, en las charcas y canales que había a los pies de las torres de piedra de la ciudad maldita que habían abandonado.

La enfermedad ansiaba huir de su cárcel de madera.

No habían tenido elección.

Prendieron fuego a los barcos, a todas las galeras excepto la que habían reservado para su partida.

Maffeo, el tío de Marco, se acercó a los pocos hombres que quedaban y les hizo un gesto para que volvieran a cubrir su desnudez, pero aquella sencilla tela o lana tejida no conseguía ocultar su profunda vergüenza.

—¡Qué hemos hecho! —exclamó Marco.

—No debemos mencionarlo —le aconsejó su padre mientras le ofrecía una túnica—. Una sola palabra sobre la peste y nos rechazarán en todas partes. Ningún puerto nos dejará entrar en sus aguas. Ya hemos acabado con todo rastro de la enfermedad en nuestros barcos y en el mar con un fuego purificador. Sólo nos queda regresar a casa.

Mientras Marco se ponía la túnica, se fijó en lo que había dibujado su hijo en la arena con un palo. Apretó los labios y lo borró rápidamente con el talón, al tiempo que se encaraba con él con una mirada suplicante en los ojos.

—Jamás, Marco, jamás.

Pero el recuerdo no podía borrarse con tanta facilidad. Había servido al Gran Kan como erudito, emisario e incluso como cartógrafo para trazar el mapa de sus muchos reinos conquistados.

—Nadie debe saber nada sobre lo que hemos encontrado, está maldito —continuó su padre.

Marco asintió y no hizo ningún comentario acerca de lo que había dibujado. Se limitó a suspirar:

—*Città dei morti*.

El macilento semblante de su padre aún palideció más. Marco sabía que no era la peste lo único que le atemorizaba.

—Júralo, Marco —insistió.

Marco levantó la vista hacia la arrugada cara de su padre. En esas cuatro semanas había envejecido tanto como en todas las décadas que había pasado en compañía del kan en Xanadú.

—Jura por el alma de tu madre que no volverás a hablar sobre lo que hemos descubierto o lo que hemos hecho.

Marcó dudó.

Sintió que una mano le agarraba el hombro y apretaba hasta tocar hueso.

—Júralo, hijo mío, por tu propio bien.

Marco reconoció el horror que se reflejaba en sus ojos y su tono de súplica, y no pudo negarse.

—Guardaré silencio —prometió finalmente—. En mi lecho de muerte y más aún. Lo juro, padre.

Al oír el juramento, el tío de Marco se acercó a ellos.

—No deberíamos haber entrado aquí, Niccolò —reprendió a su hermano, aunque aquellas reprobatorias palabras estaban destinadas a su sobrino.

El silencio se instaló entre los tres familiares, cargado de secretos compartidos.

Su tío tenía razón.

20

Marco recordó la imagen del delta del río hacía cuatro meses. Su negra corriente desembocaba en el mar, ribeteada con profusa vegetación y enredaderas. Habían acudido con intención de renovar sus reservas de agua dulce mientras reparaban dos de los barcos. No deberían haberse aventurado más lejos, pero Marco había oído hablar de una ciudad al otro lado de aquellas montañas. Las reparaciones iban a tardar diez días y decidió subir a ellas con cuarenta de los hombres del kan para ver qué había más allá. Desde la cima divisó una torre de piedra en las profundidades de la jungla, elevada y brillante a la luz del alba, que le atrajo como un faro.

El absoluto silencio que los acompañó mientras avanzaban a través de la selva debería de haberle prevenido. No se oían tambores como en ese momento, ni canto de pájaro alguno o chillido de monos. La ciudad de los muertos simplemente les estaba esperando.

Entrar en ella había sido un error. Y les había costado algo más que sangre.

Los tres contemplaron las galeras que se consumían hasta la línea de flotación. Uno de los palos cayó como un árbol talado. Veinte años atrás, padre, hijo y tío habían dejado Italia, con la bendición del papa Gregorio X, para adentrarse en el país de los

mongoles y llegar a los palacios y jardines del kan en Xanadú, donde habían permanecido demasiado tiempo, como perdices enjauladas. Validos del kan, los Polo se habían sentido presos, no con cadenas, sino con la inmensa y abrumadora amistad de Kublai, incapaces de partir sin ofender a su benefactor. Así que al final se habían sentido afortunados al poder regresar a su patria, a Venecia, eximidos del servicio al gran Kublai Kan para escoltar a la joven Kokacin hasta su prometido persa.

Si esa flota no hubiera salido jamás de Xanadú...

—El sol saldrá pronto —anunció su padre—. Vayámonos, es hora de volver a casa.

—Y si arribamos a esas dichas costas, ¿qué le diremos a Teobaldo? —preguntó Maffeo, utilizando el verdadero nombre del que en su día fue amigo y protector de la familia Polo y después conocido como papa Gregorio X.

—No sabemos si sigue vivo —contestó el padre—. Hace mucho tiempo que faltamos.

—Pero ¿y si está vivo, Niccolò? —insistió.

—Le contaremos todo lo que sabemos de los mongoles, de sus costumbres y poderío, tal como se nos encargó en un principio. Pero respecto a la peste... no hay nada de qué hablar. Todo ha acabado.

Maffeo suspiró, pero no se sintió aliviado. Marco leyó las palabras que ocultaban aquel entrecejo fruncido: «La peste no se ha cobrado la vida de todas las personas que hemos perdido».

Su padre lo repitió una vez más, como si el hecho de afirmarlo lo volviera realidad.

—Todo ha acabado.

Marco miró a esos dos hombres mayores, su padre y su tío, sobre un fondo de ardientes cenizas y humo que se recordaba en el cielo nocturno. Jamás acabaría, no mientras lo recordaran.

Marco miró al suelo. A pesar de que alguien había barrido con el pie el dibujo en la arena, su brillo seguía ardiendo en su memoria. Había robado un mapa pintado en un trozo de corteza. Dibujado con sangre. Templos y agujas esparcidos por la jungla.

Todos vacíos.

Excepto por los muertos.

Sus suelos estaban llenos de pájaros caídos en sus plazas enlosadas, como si los hubieran derribado en pleno vuelo. Nada se había perdonado: hombres, mujeres y niños, o los bueyes y bestias en los campos. Incluso las grandes serpientes colgaban inánimes en las ramas de los árboles, con la piel hirviendo bajo las escamas.

Las únicas criaturas vivas eran las hormigas, de todos los tamaños y colores. Abarrotaban las piedras y los cuerpos, y se llevaban poco a poco a los muertos.

Pero estaba equivocado, algo esperaba la puesta del sol.

Marco desechó aquellos recuerdos.

Al descubrir lo que había robado en uno de los templos, su padre quemó el mapa y arrojó las cenizas al mar. Lo hizo mucho antes de que el primer hombre a bordo de los barcos enfermara.

—Que caiga en el olvido —le previno su padre—. No tiene nada que ver con nosotros. Que se lo trague la historia.

22

Marco haría honor a su palabra, a su juramento. Era algo de lo que nunca hablaría. A pesar de todo, tocó una de las marcas en la arena. Él, que tanto había contado... ¿Era lícito destruir semejante conocimiento?

«Si hubiera otra forma de conservarlo...»

Su tío Maffeo, que parecía haberle leído el pensamiento, expuso en voz alta sus miedos:

—¿Y si el horror se desata de nuevo, Niccolò, y un día llega a nuestras costas?

—Entonces se acabará la tiranía del hombre en este mundo —contestó el padre con amargura, al tiempo que tocaba el crucifijo que colgaba en el pecho desnudo de Maffeo—. El sacerdote lo sabía bien. Su sacrificio...

Aquel crucifijo había pertenecido al padre Agreer. Aquel dominico había entregado la vida en la ciudad maldita para salvar las suyas. Se había sellado un oscuro pacto. Lo habían dejado allí, abandonado, a petición propia.

Era el sobrino del papa Gregorio X.

Marco suspiró mientras desaparecían las últimas llamas en las oscuras aguas.

—¿Qué Dios nos salvará la próxima vez?

22 de mayo, 18.32 h, océano Índico
 10° 44'07.87" S/105° 11'56.52" E

—Aprovechad que estoy abajo, ¿quién quiere otra Foster?
 —preguntó Gregg Tunis.

La doctora Tunis sonrió al oír la voz de su marido mientras subía la escala de buceo para bajar a la cubierta de popa. Se quitó el traje de neopreno y dejó el equipo de buceo en el pañol de detrás de la timonera del barco de investigación.

Una vez liberada de peso, cogió una toalla y se secó el pelo, casi platino por el sol y la sal. Después bajó la cremallera del húmedo traje con un solo tirón.

—¡Vaya, vaya! —exclamó alguien en una tumbona a su espalda.

Ni se molestó en mirar. Estaba claro que alguien había pasado demasiadas horas en algún club de striptease de Sidney.

—¿Tiene que hacer siempre lo mismo cuando me quito el traje, profesor Applegate?

El geólogo de pelo canoso tenía las gafas en la punta de la nariz y un libro sobre historia marítima en el regazo.

—No sería nada caballeroso no piropear a una joven bien dotada que se quita parte del vestido.

Se bajó el traje mojado hasta las caderas y dejó ver la parte superior de un bañador. Se lo ponía porque se había dado cuenta de que el bikini se bajaba al mismo tiempo que el traje de buceo y aunque no le daba mayor importancia a la presencia del profesor jubilado, treinta años mayor que ella, tampoco quería ofrecerle un espectáculo gratis.

Su marido se asomó con tres húmedas botellas de cerveza entre los dedos de una sola mano y obsequió a su mujer con una amplia sonrisa.

—Me ha parecido oírte a bordo.

Acabó de subir y estiró su alta figura. Llevaba un bañador Quicksilver y una camisa holgada sin abotonar. Mecánico náutico en el puerto de Darwin, había conocido a Susan hacía ocho años, durante una de las reparaciones en dique seco de otro de los barcos de la Universidad de Sidney. Tres días antes habían celebrado su quinto aniversario en aquel barco, fondeado frente a Isla de Navidad.

—¿Has encontrado algo? —preguntó mientras le pasaba una cerveza.

Tomó un buen trago y disfrutó de su frescura. Aspirar una boquilla salada toda la tarde le había dejado la boca pastosa.

—De momento nada, todavía no he conseguido encontrar la causa de los varamientos.

Hacía diez días ochenta delfines *Tursiops aduncus*, una especie del océano Índico, habían varado en la costa de Java. Su investigación se centraba en los efectos a largo plazo de las interferencias de los sonares en los cetáceos, fuente de muchos varamientos suicidas.

Normalmente iba acompañada por un grupo de ayudantes de investigación, una mezcla de posgraduados y no licenciados, pero en esa ocasión estaba en un viaje de placer con su antiguo mentor. Había sido pura casualidad que se hubiera producido un varamiento masivo y que hubieran tenido que prolongar su estancia.

24

—¿Puede deberse a algo que no sean los sonares? —reflexionó Applegate en voz alta, mientras dibujaba círculos con el dedo en la húmeda botella—. En esta región hay continuos microterremotos. Quizás una profunda subducción ha producido la nota que les ha causado ese pánico suicida.

—Hace unos meses se produjo un terremoto muy intenso —comentó su marido mientras se arrellanaba en una tumbona y daba unas palmaditas a su lado para que se sentara con él—. ¿Habrá sido alguna réplica?

Susan no podía rebatir aquel razonamiento. Entre la serie de mortíferos terremotos que se habían producido en los dos últimos años y el gran tsunami que había azotado la zona, el lecho marino era muy inestable; lo suficiente como para asustar a cualquiera. Pero no le convenció: pasaba algo más. El arrecife estaba extrañamente desierto; la poca vida que pudiera albergar parecía haberse retirado a los orificios de las rocas, conchas y agujeros en la arena. Era como si la vida marina estuviera conteniendo el aliento. Quizá fuera la respuesta de esas sensibles criaturas a los microterremotos.

Frunció el entrecejo y se sentó junto a su marido. Llamaría por radio a Isla de Navidad para preguntar si habían registrado actividad sísmica fuera de lo normal. Pero, hasta entonces, te-

nía una noticia que sin duda iba a conseguir que su marido se lanzara al agua al día siguiente.

—He encontrado lo que parecen los restos de un naufragio.

—¡No fastidies! —exclamó enderezándose. En Darwin, Harbor Gregg hacía visitas guiadas a los barcos hundidos durante la Segunda Guerra Mundial que abundaban en las aguas de la costa norte de Australia. Sentía un ávido interés por ese tipo de hallazgos—. ¿Dónde?

Susan indicó con gesto distraído a su espalda, al otro lado del barco.

—A unos cien metros a estribor. Son sólo unos cuantos maderos negros que sobresalen de la arena; seguramente los liberó el último terremoto o quizá quedaron al descubierto cuando el tsunami barrió los sedimentos. No he tenido tiempo para fijarme. He pensado que era mejor dejárselo a un experto —dijo pellizcándole en las costillas antes de reclinarsse en la tumbona.

Los tres observaron cómo desaparecía el sol en el mar y les lanzaba un último y tímido guiño. Excepto cuando había tormenta, jamás se perdían una puesta de sol. El barco se balanceó suavemente. Las luces de un petrolero parpadearon a lo lejos; aparte de él, estaban solos.

Un fuerte ladrido la sobresaltó. Seguía tensa. Al parecer, el extraño y receloso comportamiento de la vida del arrecife la había contagiado.

—¡Eh, *Oscar*! —gritó el profesor.

En ese momento Susan se dio cuenta de que los cuatro miembros de la tripulación no estaban a bordo. El perro volvió a ladrar. Aquel rechoncho perro pastor australiano era del profesor. Entrado en años y con una ligera artritis, solía tumbarse en cualquier rincón soleado que encontrara.

—Voy a ver qué le pasa. Así estaréis más cómodos los tortolitos. Además, no me vendrá mal despejar la cabeza y hacer hueco para otra Foster antes de irme a la cama.

El profesor soltó un ligero quejido al levantarse y se dirigió hacia proa, pero se detuvo y miró hacia el este, hacia el cielo oscuro.

Oscar volvió a ladrar.

Applegate no lo reprendió esa vez, sino que llamó a Susan y a Gregg con voz grave.

—Venid a ver esto.

Susan se puso de pie de inmediato y Gregg la siguió.

—¡Santo cielo! —exclamó Gregg.

—Creo que está claro lo que hizo que los delfines salieran del mar —dijo Applegate.

Hacia el oeste una amplia franja del océano brillaba con una fantasmagórica luminiscencia que se elevaba y descendía al compás de las olas, y su plateado brillo se ondulaba y arremolinaba. El envejecido perro apoyaba las patas en el andarivel de proa y ladraba ante aquella visión.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Gregg.

—He oído hablar de ese tipo de manifestaciones, a las que llaman «mares de ardora» —contestó Susan acercándose—. Ha habido barcos que han informado de brillos parecidos en el océano Índico desde Julio Verne. En 1995 incluso un satélite recogió una de las eclosiones, que cubría cientos de millas cuadradas. Ésta es una pequeña.

—¿Pequeña? ¡Y un cuerno! —gruñó Gregg—. Pero ¿qué es exactamente? ¿Algún tipo de marea roja?

Susan negó con la cabeza.

—No exactamente, las mareas rojas las producen las algas. Este brillo lo producen unas bacterias luminiscentes que probablemente se alimentan de algas o de otros sustratos. No es peligroso, pero me gustaría...

De repente se oyó un impacto bajo el casco, como si algo lo hubiera golpeado desde abajo. Los ladridos de *Oscar* se intensificaron y empezó a moverse de un lado al otro intentando asomar la cabeza entre los postes.

Los tres miraron hacia abajo.

El brillante borde del lácteo mar chapaleaba en la quilla del velero. Una gran silueta con el vientre hacia arriba, retorciéndose y rechinando los dientes, apareció desde las aguas profundas. Era un tiburón tigre de más de seis metros. Las relucientes aguas creaban una espuma burbujeante a su alrededor que convertía las lechosas aguas en color vino tinto.

Susan se dio cuenta de que no era agua lo que burbujeaba bajo el vientre del tiburón, sino su propia carne, que se consumía hasta desprenderse en grandes pedazos. Aquella horrible visión se hundió, pero en el mar de ardora empezaron a verse

otras formas que emergían a la superficie, despellejadas o ya muertas: marsopas, tortugas y cientos de peces.

Applegate se alejó del andarivel.

—Al parecer esas bacterias han encontrado algo mejor que algas con lo que alimentarse.

—Susan... —empezó a decir Gregg, que se había vuelto hacia ella.

Ésta no conseguía apartar la mirada de aquella mortífera visión. A pesar del horror que le producía, no podía negar que sentía cierta curiosidad científica.

—Susan —repitió Gregg.

Finalmente se volvió hacia él, un tanto molesta.

—Has estado buceando ahí todo el día —afirmó, e indicó con el dedo hacia el agua.

—¿Y qué? Todos hemos estado en el agua en algún momento. Incluso *Oscar* ha estado chapoteando.

Gregg no la miró a los ojos, sino que los mantuvo fijos en el lugar en el que se estaba rascando en el antebrazo. En ocasiones el traje de buceo le producía rozaduras, pero la preocupación que mostraba el rostro de su marido consiguió que desviara la vista hacia su brazo. La piel se había cuarteado y mostraba un acentuado sarpullido, que había empeorado al rascarse.

Unas intensas ronchas de color rojo aparecieron en su piel.

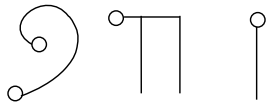
—Susan...

—¡Dios mío! —exclamó sin dar crédito a sus ojos.

Aunque era consciente de la horrible verdad.

—Está... está en mi interior.

Exposición



1

La virgen negra

1 de julio, 10.34 h
Venecia, Italia

Le perseguían.

Stefano Gallo cruzó corriendo la extensa plaza. El sol de la mañana había calentado las losas y la habitual multitud de turistas buscaba la sombra o se agolpaba en las tiendas de helados cobijadas a la sombra de la basílica de San Marcos. Pero el más sublime de todos los monumentos de Venecia, con su imponente fachada bizantina y sus enormes caballos de bronce, no era su objetivo.

Ni siquiera un santuario tan bendecido podía protegerle. Sólo tenía una opción.

Al pasar delante de la basílica apresuró su carrera. Las palomas se apartaban a su paso mientras daba traspiés entre ellas sin hacer caso a su batir de alas. Intentaba pasar inadvertido, pero le habían descubierto. Al entrar por el extremo de la plaza había visto a un joven egipcio de ojos negros y barba recortada. Sus miradas se habían cruzado. Llevaba un traje oscuro que enmarcaba a la perfección sus anchos y pronunciados hombros. La primera vez que le había abordado había asegurado ser un estudiante de arqueología en Budapest que actuaba como representante de un viejo amigo y colega suyo de la Universidad de Atenas.

Aquel egipcio había ido al museo arqueológico en busca de una pieza muy específica, un pequeño tesoro. Un obelisco. Financiado por su gobierno, deseaba llevarlo de vuelta a su país.

Le había ofrecido una considerable suma en pagarés de garantía. Stefano, uno de los conservadores del museo, no estaba por encima de ese tipo de sobornos; las cada vez mayores facturas hospitalarias de su mujer amenazaban con desahuciarlos de su modesto apartamento. Cobrar ese pago secreto no le parecía indigno. El gobierno egipcio llevaba dos décadas comprando tesoros de su país en colecciones privadas y presionaba a los museos para que devolvieran lo que en justicia pertenecía a Egipto.

Así que, en un principio, Stefano prometió entregarlo. ¿Qué importaba un anodino obelisco de piedra? Según la ficha, aquel objeto llevaba embalado más de un siglo y su escueta descripción sin duda corroboraba el porqué: OBELISCO DE PIEDRA SIN CLASIFICAR, EXCAVADO EN TANIS, PERTENECIENTE A LA ÚLTIMA DINASTÍA (DINASTÍA 26, 615 A. DE C.). No parecía nada fuera de lo normal ni misterioso, a menos que se estudiara de cerca y se investigara su procedencia. Provenía de una colección que había adornado el Museo Vaticano de Roma: el Museo Gregoriano Egipcio.

32

Se desconocía cómo había ido a parar a aquellos sótanos de Venecia.

El día anterior por la mañana, Stefano había recibido un recorte de periódico metido en un sobre con un símbolo estampado en un sello de cera:

Σ

La letra sigma del alfabeto griego.

Seguía sin entender su significado, pero sí la importancia del recorte de periódico. Era un artículo fechado tres días antes que informaba sobre la aparición de un cadáver en una playa del Egeo, con el cuello cortado y el cuerpo hinchado y lleno de anguilas. El oleaje de una intensa tormenta había propiciado el retorno del cuerpo desde su tumba marina. Su dentadura había facilitado la identificación: era el colega de la universidad, el que se suponía que había enviado al egipcio.

Aquel hombre llevaba semanas muerto.

El *shock* movió a Stefano a actuar con precipitación. Apretó el pesado objeto contra su pecho, envuelto en un trozo de arpillera y todavía con restos de paja para embalar.

Había robado el obelisco del almacén, sabedor de que al hacerlo ponía en peligro su vida, la de su mujer y la de su familia.

No había tenido elección. En el sobre cerrado, además del artículo había un mensaje sin firmar escrito a toda prisa con letra de mujer, un aviso. Lo que decía parecía imposible, increíble, pero lo había comprobado y era cierto.

Mientras corría sintió que se le agolpaban las lágrimas y ahogó un sollozo.

No tenía otra opción.

El obelisco no debía caer en manos del egipcio. Con todo, era una carga que se negaba a llevar a la espalda más de lo necesario. Su mujer, su hija... Revivió la imagen del cuerpo hinchado de su colega. ¿Le sucedería lo mismo a su familia?

«¡Virgen santa! ¿Qué he hecho?»

Sólo había una persona capaz de aligerar esa carga. La persona que había enviado el sobre, aquella advertencia sellada con la letra sigma. Al final de la nota había apuntado un sitio y una hora.

Llegaba tarde.

El egipcio había descubierto el hurto, debía de haber imaginado que le traicionaría y había ido a buscarlo al amanecer. Stefano había huido a duras penas de su oficina, a pie. Pero no lo suficientemente deprisa.

Miró por encima del hombro. El egipcio había desaparecido entre la multitud de turistas. Al darse la vuelta para mirar a su alrededor, avanzó a trompicones por la sombra que proyectaba el campanario de la torre, el campanil de San Marcos. En tiempos, aquella torre de ladrillos que dominaba los cercanos muelles y el puerto se había utilizado como atalaya de vigilancia. ¿Podría protegerlo en aquel momento?

Su meta quedaba al otro lado de una pequeña plaza. Frente a él se alzaba el Palacio Ducal, residencia en el siglo XIV de los duques de Venecia. Sus dos pisos de arcadas góticas parecían ofrecerle un refugio en forma de piedra de Istria y mármol rosado veronés.

Aferrado a su trofeo, cruzó la calle con paso vacilante. ¿Estaría allí? ¿Aceptaría la carga?

Se apresuró hacia las sombras protectoras para escapar del resplandor del sol y de la deslumbrante luz que reflejaba el

mar. Necesitaba perderse en el laberinto del palacio. Además de albergar la residencia del duque, el Palacio Ducal se había utilizado como sede gubernamental, palacio de justicia, sala consistorial e incluso como antigua cárcel. La nueva se alzaba al otro lado del canal, en la parte posterior del palacio, conectada a éste por un puente abovedado, el infame puente de los Suspiros por el que en tiempos había huido Casanova, el único prisionero que había conseguido escapar de aquellas celdas.

En el mismo momento en el que entró en la logia se encomendó al espíritu de Casanova para que le protegiera en su fuga. Incluso se permitió respirar ligeramente aliviado cuando se introdujo en las sombras. Conocía bien el palacio, no le resultaría difícil perderse en su laberinto de pasillos, un lugar ideal para una cita clandestina.

O en eso confiaba.

Entró por la arcada oeste camuflado entre los turistas. Enfrente estaba el patio con los dos pozos y la espléndida escalinata de mármol, la escalera de los Gigantes. Fue dando un rodeo para protegerse del sol. Entró a través de una pequeña y apartada puerta y atravesó una serie de dependencias administrativas que daban a la antigua estancia del inquisidor, en la que tantas almas desdichadas habían sufrido los más dolorosos y brutales interrogatorios. Stefano continuó sin detenerse hasta la siguiente cámara de torturas.

Una puerta se cerró a sus espaldas y se sobresaltó. Aferró aún con más fuerza su botín.

Tenía instrucciones muy precisas.

Bajó por una estrecha escalera de servicio hasta las mazmorras más profundas del palacio, los *pozzi*, donde se había encerrado a los prisioneros más notorios.

El lugar en el que iba a producirse el encuentro.

Stefano pensó en el sello con la letra griega.

Σ

¿Qué significaba?

Avanzó por el húmedo y oscuro pasillo salpicado de celdas de piedra negra, demasiado bajas como para que los prisioneros estuvieran de pie. En ellas, los convictos se helaban en invierno

o morían de sed durante el largo verano veneciano, muchos de ellos olvidados por todos, excepto por las ratas.

Encendió una linterna de bolsillo.

El piso más bajo de los *pozzi* parecía desierto. Cuando siguió descendiendo el eco de sus pasos resonó en las paredes de piedra, como si alguien le estuviera siguiendo. Sintió que el miedo le oprimía el pecho y aminoró el paso. ¿Había llegado demasiado tarde? Contuvo el aliento y por un momento deseó estar en el sol del que había escapado.

Se detuvo y notó que estaba temblando.

En la última celda se encendió una linterna, como si alguien se hubiera dado cuenta de su vacilación.

—*Chi è là?*

Oyó el roce de un zapato en el suelo y una suave voz que habló en italiano con marcado acento.

—Yo le envié la nota, señor Gallo.

Una figura apareció en el pasadizo con una linterna en la mano. El resplandor ocultaba sus rasgos, incluso cuando bajó el haz de luz. Llevaba un traje de cuero negro que se ajustaba a su cadera y pechos. Tenía la cara cubierta por un pañuelo colocado al estilo beduino, que sólo dejaba ver un ligero destello del brillo de sus ojos. Se movió con una pausada elegancia que calmó las agitadas palpitaciones de su corazón.

Salió de las sombras como una virgen negra.

—¿Tiene el artefacto?

—S-sí —tartamudeó y dio un paso hacia ella. Le ofreció el obelisco y dejó que el trapo cayera al suelo—. No quiero saber nada más de él. Dijo que podría ponerlo a salvo.

—Sí —aseguró al tiempo que le hacía un gesto para que lo depositara en el suelo.

Stefano se agachó y dejó la aguja de piedra egipcia donde le había indicado, aliviado de poder librarse de ella. La pieza, tallada en mármol de color negro, se alzaba sobre una base cuadrada y tenía diez centímetros de anchura en cada lado, que se afilaban otros cuarenta hasta alcanzar su punta piramidal.

La mujer se puso en cuclillas frente a él y se balanceó en los tacones de las botas. Iluminó su apagada superficie. El mármol estaba mellado y mal conservado; mostraba una profunda grieta. No cabía duda de que era un objeto olvidado.

Aunque se había derramado sangre por él.
Y Stefano sabía por qué.

La mujer extendió una mano, bajó la linterna de Stefano y encendió la suya con el pulgar. Su luz blanca se volvió de un intenso violeta que iluminó las motas de polvo de sus pantalones. Las rayas blancas de su camisa resplandecieron.

Luz ultravioleta.

Su brillo recorrió el obelisco.

Stefano había hecho lo propio antes para comprobar lo que le había dicho aquella mujer y había presenciado con sus ojos aquel milagro. Se acercó un poco más para examinar los cuatro lados del obelisco.

Su superficie ya no era negra, sino que mostraba una escritura de símbolos que brillaban con un color blanco-azulado en los cuatro lados.

36



No eran jeroglíficos. Era un lenguaje anterior a la antigua lengua de los egipcios.

—¿Es realmente el idioma de los...? —empezó a preguntar Stefano sin poder contener su asombro.

Oyó unos susurros a su espalda que provenían del piso de arriba. Se le heló la sangre y se dio la vuelta, aterrado.

De repente reconoció la calmada y entrecortada cadencia de los susurros. Era el egipcio. Los había encontrado.

La mujer, que quizás había pensado lo mismo, apagó su linterna y la luz de color violeta desapareció. La oscuridad los rodeó.

Stefano levantó su linterna en busca de algún indicio de esperanza en su virgen negra pero, en vez de ello, se encontró con una pistola con silenciador que le apuntaba a la cara. En ese momento lo entendió todo y perdió toda esperanza.

Le habían vuelto a engañar.

—*Grazie, Stefano.*

Entre el sordo sonido y el amortiguado destello sólo tuvo tiempo de un último pensamiento.

«Perdóname, María.»

3 de julio, 13.16 h
Ciudad del Vaticano

Monseñor Vigor Verona subió las escaleras a regañadientes, perseguido por unos recuerdos plagados de llamas y humo. De repente tenía el corazón demasiado apesadumbrado como para enfrentarse a semejante subida. A pesar de tener sesenta, se sintió diez años mayor. Se detuvo en un rellano y miró hacia arriba con una mano en los riñones.

La escalera de caracol era un laberinto de andamios cruzados con plataformas. A pesar de que sabía que traía mala suerte, pasó por debajo de la escalera de un pintor y continuó ascendiendo por aquella oscura espiral que subía hasta la Torre de los Vientos.

El olor a pintura fresca consiguió que casi se le llenaran los ojos de lágrimas; aunque también sintió que le invadían otros olores, unos fantasmas del pasado que habría preferido olvidar.

Carne quemada, humo acre, cenizas ardientes.

Hacía dos años una explosión había convertido la torre en una antorcha en el corazón del Vaticano, y, tras un laborioso trabajo, volvía a lucir su antiguo esplendor. Vigor estaba deseando que llegara el momento en el que volviera a abrirse y que su Eminencia cortara la cinta. Pero, sobre todo, lo que realmente anhelaba era enterrar el pasado.

Incluso la famosa Sala Meridiana, en lo alto de la torre, en la que Galileo había intentado demostrar que la Tierra gira alrededor del Sol, estaba casi acabada. Se habían invertido dieciocho meses y el cuidado y pericia de un buen número de ar-

tesanos e historiadores del arte en recuperar los frescos a partir de hollín y cenizas. ¿Cómo podía recuperarse algo así con cepillos y pintura?

Como nuevo prefecto del Archivo Secreto Vaticano, sabía cuánta documentación se había perdido entre las llamas, el humo y el agua: miles de libros antiguos, textos iluminados y *registra*, paquetes de pergaminos y papeles atados con tiras de cuero. Durante el siglo anterior las habitaciones de la torre se habían utilizado como almacén auxiliar del *carbonile*, el búnker principal varios pisos más abajo.

Por desgracia, en ese momento la biblioteca tenía mucho espacio libre.

—*Prefetto Verona!*

Aquel saludo inesperado le hizo salir un tanto sobresaltado de su ensimismamiento. Era su asistente, un joven seminarista llamado Claudio, que le llamaba desde lo alto de las escaleras. Había llegado bastante antes que él y lo esperaba en la Sala Meridiana. Apartaba una cortina de plástico transparente que separaba las escaleras de la habitación de arriba.

El jefe del equipo de restauración había llamado a Vigor hacía una hora. Su mensaje había sido tan apremiante como críptico: «Ven enseguida, hemos descubierto algo maravilloso y terrible».

Así que había abandonado casi de inmediato su despacho para hacer el largo camino hasta la cima de la recientemente restaurada torre. Ni siquiera se había quitado la sotana, que se había puesto para asistir a una reunión con el secretario de Estado del Vaticano. Lamentó aquella vestimenta, demasiado pesada y de abrigo para una ascensión tan ardua. Finalmente llegó donde le esperaba su asistente y se limpió la sudorosa frente con un pañuelo.

—Por aquí, *prefetto* —le indicó Claudio apartando la cortina de plástico.

—*Grazie*, Claudio.

Al otro lado de la cortina, la habitación superior parecía un horno, como si las paredes hubieran retenido el calor que habían producido las llamas hacía dos años. Pero se trataba simplemente del sol del mediodía, que calentaba la torre más alta del Vaticano. Roma padecía una ola de calor especialmente

abrasadora. Deseó que soplara algo de brisa, que aquel lugar justificara por qué lo llamaban la Torre de los Vientos.

Pero también sabía que parte de aquel sudor no se debía únicamente al calor o a la larga ascensión vestido con sotana. Desde que se había producido el incendio había evitado subir allí y se había limitado a dar órdenes a distancia. Incluso en ese momento le daba la espalda a una de las habitaciones laterales.

Antes de Claudio había tenido otro asistente, Jacob. El fuego no sólo había acabado con la vida de los libros.

—¡Por fin! —exclamó una potente voz.

El doctor Balthazar Pinosso, supervisor del proyecto de restauración de la Sala Meridiana, atravesó la habitación circular. Era casi un gigante, medía más de dos metros e iba vestido casi como un cirujano, incluso llevaba cobertores de papel en los zapatos y una máscara de oxígeno sujeta en la cabeza. Vigor lo conocía bien, era el decano del departamento de historia del arte de la Universidad Gregoriana, donde Vigor había trabajado en tiempos como director del Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana.

—Muchas gracias por haber venido tan rápido, prefecto Verona —lo saludó aquel espigado hombre al tiempo que miraba el reloj y ponía cara de circunstancias, un guiño silencioso y divertido ante su lenta ascensión.

Vigor agradeció aquel comentario en tono de broma. Desde que se había hecho cargo de los archivos, pocos se atrevían a hablar con él en un tono que no fuera reverencial.

—Si tuviera las piernas tan largas como tú habría subido las escaleras de dos en dos y habría llegado antes que el pobre Claudio.

—Entonces mejor será que acabemos cuanto antes para que puedas echarte tu siesta habitual. No me gusta alterar tan diligentes menesteres.

A pesar de la jovialidad que mostraba, Vigor notó cierta inquietud en sus ojos. También se percató de que había despachado a todos los hombres y mujeres que trabajaban con él en las labores de restauración. Advertido de la situación, hizo un gesto a Claudio.

—¿Te importa dejarnos solos un momento?

—En absoluto, *prefetto*.

Una vez que su asistente regresó a las escaleras y desapareció detrás de la cortina de plástico, volvió a prestar atención a su antiguo colega.

—¿A qué viene semejante prisa, Balthazar?

—Ven, te lo enseñaré.

Cuando aquel hombre echó a andar hacia el otro extremo de la habitación, Vigor se fijó en que los trabajos de restauración estaban prácticamente acabados. Los frescos de Niccolò Circignani volvían a mostrar imágenes de la Biblia pobladas de querubines y nubes en las paredes y techos circulares. Algunas de ellas, inacabadas, seguían entramadas con cuadrículas de seda, pero en su mayoría estaban completas. Incluso se había limpiado y pulido el zodiaco tallado en el suelo de mármol. A un lado, un rayo de luz entraba a través de un agujero horadado en la pared, caía en diagonal sobre el piso enlosado de la habitación e iluminaba la línea meridiana de mármol blanco que lo atravesaba, lo que convertía aquel lugar en un observatorio solar del siglo XVI.

40

En el extremo opuesto, Balthazar apartó una cortina que ocultaba un pequeño armario lateral. Por las quemaduras en su gruesa superficie de madera, seguía teniendo su puerta original.

El alto historiador accionó uno de los cerrojos de bronce.

—Hemos descubierto que detrás de esta puerta hay una cámara de bronce. Todo lo que había en su interior se salvó de las llamas.

A pesar del desasosiego que le producía aquel lugar, Vigor sintió curiosidad.

—¿Qué hay dentro?

Balthazar abrió la puerta y dejó ver un estrecho espacio desprovisto de ventanas y con paredes de piedra en el que apenas cabían dos personas de pie. Había unas estanterías a cada lado, del suelo al techo, llenas de libros sujetos con tiras de cuero. A pesar del olor a pintura fresca, Vigor sintió el hedor a humedad que despedía aquel recinto, que demostraba el poder de la antigüedad sobre el esfuerzo humano.

—Hicimos el inventario completo cuando lo descubrimos y lo limpiamos, pero no encontramos nada que tuviera especial importancia. La mayoría son textos históricos sobre astrono-

mía o marina. —Balthazar soltó un fuerte suspiro ligeramente teñido de disculpa—. Debería haber tenido más cuidado con los trabajadores del turno de día, pero estaba absorto en la Sala Meridiana. Apostamos a un soldado de la Guardia Suiza para que hiciera guardia por la noche. Creíamos que estaría bien vigilado... vigor entró al cubículo—. Utilizamos el cuarto para guardar parte de las herramientas —le explicó indicando hacia el fondo de una de las estanterías—. Para no pisarlas.

Vigor asintió, cada vez más cansado por el calor y la pesadumbre.

—No lo entiendo. ¿Por qué me has llamado?

Una especie de quejido pareció brotar del pecho de Balthazar.

—Hace una semana uno de los guardias tuvo que echar a alguien que andaba fisgoneando aquí —le informó haciendo un gesto con la mano hacia el cuarto.

—¿Por qué no se me informó? ¿Robó algo?

—No, no pasó nada. Estabas en Milán y el guardia ahuyentó al intruso. Imaginé que se trataba de un ladrón que se había aprovechado de la confusión que le ofrecían las entradas y salidas de tantos trabajadores. Después puse a otro guardia en esta puerta, por si acaso.

Vigor hizo un gesto para que continuara.

—Esta mañana uno de los restauradores iba a guardar una lámpara que llevaba encendida.

Balthazar estiró una mano para cerrar la puerta y evitar que entrara la luz de la habitación de al lado. Luego encendió una linterna que inundó el cuarto con un color morado e iluminó su mono de color blanco.

—En los proyectos de restauración utilizamos luces ultravioletas, que sirven para resaltar detalles que pueden pasar inadvertidos a simple vista.

Señaló hacia el suelo de mármol, aunque Vigor ya se había percatado de lo que había aparecido gracias al resplandor de la linterna. Una forma toscamente pintada brillaba en el centro del suelo.

Un dragón encorvado, casi vuelto sobre su propia cola.

Vigor sintió un nudo en la garganta. Incluso echó un paso hacia atrás, entre horrorizado e incrédulo, y volvió a recordar la sangre y los gritos.

Balthazar le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

—¿Estás bien? Quizá debería haberte prevenido...

Vigor se zafó de la mano.

—Estoy bien.

Para demostrárselo se agachó para estudiar más de cerca aquella brillante marca, un símbolo que conocía demasiado bien, el sello de la *Ordinis Draconis*, la Corte del Dragón Imperial.

Sus miradas se cruzaron. La Corte del Dragón había incendiado la torre hacía dos años con la ayuda de un traidor, un antiguo prefecto de los Archivos Secretos, el prefecto Alberto, ya fallecido. Vigor creía que era una historia olvidada y enterrada hacía tiempo, sobre todo después del renacimiento, cual ave fénix, de la torre desde las cenizas y el humo.

¿Qué hacía allí ese símbolo?

Al arrodillarse, una de las rodillas de Vigor crujió. La marca parecía dibujada a toda prisa y sólo guardaba una burda semejanza.

Balthazar miró por encima de su hombro.

—La he estudiado con una lupa. Bajo la pintura fluorescente había una gota de la pasta que utilizamos para restaurar, así que la han pintado hace poco. Imagino que esta semana.

—El ladrón... —empezó a decir Vigor recordando el principio de la historia.

—Después de todo quizá no era un ladrón común y corriente.

Vigor se masajeó la rodilla. Aquella marca sólo podía indicar algo que tuviera una inusitada trascendencia. Una amenaza o un aviso, quizás un mensaje a otro espía de la Corte del Dragón en el Vaticano. Recordó las palabras de Balthazar: «Ven enseguida, hemos descubierto algo maravilloso y terrible». Al contemplar el dragón entendió la espantosa naturaleza de aquellas palabras.

—Decías que también habías encontrado algo maravilloso —apuntó Vigor levantando la vista.

Balthazar asintió. Abrió la puerta del armario y dejó que entrara la luz. La claridad hizo que el dragón desapareciera, como si rehuyera el sol. Al mismo tiempo, Vigor dejó ir un largo suspiro.

—Mira esto —le pidió Balthazar arrodillándose a su lado—. De no haber sido por el dragón pintado en el suelo, no lo habríamos visto.

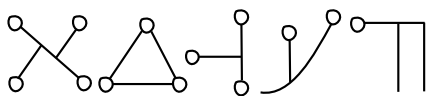
Se apoyó en una mano y con la otra limpió un trozo de piedra.

—Tuve que mirarlo con lupa. Me fijé cuando estaba examinando el dragón. Mientras te esperaba he estado limpiando parte de la suciedad que se había acumulado en el grabado a lo largo de los siglos.

—¿Qué grabado? —preguntó Vigor mirando el suelo de piedra.

—Acércate y toca esto.

Vigor se concentró y siguió sus instrucciones. Con la punta de los dedos, como un ciego que leyera Braille, consiguió notar, más que ver, la débil inscripción que había en la piedra.



No necesitó la aclaración de su antiguo colega para darse cuenta de que aquella inscripción era antigua. Aquellos símbolos eran tan escuetos como una notación científica, aunque no eran los garabatos de un físico. Antiguo director del Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana, comprendió su significado.

Balthazar se percató de su reacción y bajó el tono de su voz hasta transformarlo en un susurro conspirador.

—¿Es realmente lo que creo que es?

Vigor se echó hacia atrás y se limpió el polvo de los dedos.

—Es un idioma anterior al hebreo. La primera lengua, según cuentan.

—¿Por qué grabarían esto aquí? ¿Qué significa?

Vigor meneó la cabeza y volvió a estudiar el suelo mientras en su interior tomaba forma otra pregunta. El sello del dragón volvió a aparecer, aunque sólo en su imaginación, devuelto a la vida más por su preocupación que por la luz ultravioleta. El dragón se enroscaba alrededor de la inscripción, como si la protegiera.

Rememoró las palabras de su amigo: «De no haber sido por el dragón pintado en el suelo, no lo habríamos visto». Quizás

el dragón no protegía aquella antigua inscripción, sino que la iluminaba y atraía la atención hacia ella.

Pero ¿la atención de quién?

Mientras imaginaba el retorcido dragón volvió a sentir el peso de Jakob en sus brazos, humeante y abrasado.

En aquel momento supo la verdad: aquel mensaje no estaba destinado a otro miembro de la Corte del Dragón, a otro traidor como el prefecto Alberto, sino a alguien íntimamente relacionado con la historia de esa organización, alguien que entendiera su significado.

Lo habían dejado para él.

Pero ¿por qué? ¿Qué significado tenía?

Se incorporó lentamente. Conocía a alguien que podría ayudarle, alguien a quien había evitado llamar durante todo el año anterior. Hasta ese momento no había tenido necesidad de seguir en contacto con él, sobre todo después de que hubiera roto la relación con su sobrina. Pero sabía que parte de su reticencia no se debía solamente a ese caso de corazón roto. Aquel hombre, al igual que la torre, le recordaba un sangriento pasado, un pasado que quería olvidar.

Pero ya no tenía elección.

El sello del dragón brilló de nuevo en su imaginación, como una espantosa advertencia.

Necesitaba ayuda.

4 de julio, 23.44 h

Takoma Park, Maryland

—Gray, ¿te importa vaciar la basura de la cocina?

—Ahora voy, mamá.

En el cuarto de estar, el comandante Gray Pierce recogió otra botella vacía de cerveza Sam Adams —una nueva baja en la celebración del Cuatro de Julio de sus padres— y la metió en el cubo de basura que llevaba bajo el brazo. Al menos, la fiesta estaba acabando.

Comprobó su reloj, era casi medianoche.

Gray cogió otras dos botellas de cerveza vacías de la mesa de la entrada y se detuvo ante la puerta abierta para disfrutar

de la brisa que corría a través de la mosquitera. La noche olía a jazmín y al humo que habían dejado los fuegos artificiales encendidos por los invitados a la fiesta. A lo lejos seguían resonando silbidos y estallidos. Un perro aulló en el jardín de al lado, molesto por el ruido.

En el porche del bungalow de estilo *craftsman* de sus padres sólo quedaba un puñado de invitados, sentados en la hamaca o apoyados en la barandilla, disfrutando de la fresca noche después del habitual sofoco de un día de verano en Maryland. Unas horas antes habían visto los fuegos artificiales desde aquella posición privilegiada. Después, el número de los presentes había ido mermando poco a poco y sólo quedaban los más entusiastas.

Como el jefe de Gray.

El director Painter Crowe estaba apoyado en una columna y se inclinaba hacia el ayudante de cátedra que trabajaba para la madre de Gray, un joven adusto nacido en el Congo que estudiaba en la Universidad George Washington con una beca. Painter Crowe le había estado preguntando acerca de las hostilidades en su país. Daba la impresión de que, incluso en una fiesta, el director de Fuerza Sigma se mantenía al día de todo lo que sucedía en el mundo.

Por eso era un buen director.

Fuerza Sigma funcionaba como el brazo operativo secreto de DARPA, la sección de investigación y desarrollo del Departamento de Defensa. Sus miembros estaban al cargo de proteger o neutralizar cualquier tecnología vital para la seguridad de Estados Unidos. Aquel equipo lo formaban antiguos soldados de las Fuerzas Especiales, elegidos en secreto e instruidos en rigurosos programas doctorales para formar un equipo militarizado de agentes altamente cualificados en cuestiones técnicas. O, como le gustaba llamarlos a Monk, amigo y compañero de Gray, «científicos asesinos».

Con semejante responsabilidad a la espalda, la única distracción del director Crowe parecía limitarse al whisky de malta que había en la barandilla del porche. Como si se hubiera dado cuenta de que le observaba, Painter hizo un gesto con la cabeza a Gray. La tenue iluminación de unas pocas linternas con velas hacía que proyectara una fría imagen vestido con

pantalones negros y camisa de lino planchada. Los endurecidos rasgos de su cara evidenciaban su ascendencia india norteamericana. Gray estudió aquellos rasgos en busca de alguna fisura, pues sabía a la tensión a la que estaba sometido. La estructura organizativa de Sigma acababa de pasar una auditoría interna llevada a cabo por la Agencia de Seguridad Nacional y DARPA, y en el sudoeste asiático se avecinaba una crisis médica, así que se alegró de verlo fuera de las oficinas subterráneas de Sigma. Aunque sólo fuera aquella noche.

Con todo, las obligaciones nunca parecían estar muy lejos de su mente. Como si quisiera demostrarlo, Painter se estiró, se alejó de la barandilla y se acercó a la puerta.

—Creo que debería irme —le comentó a Gray mirando su reloj—. Pasaré por la oficina a ver si Lisa y Monk han llegado sanos y salvos.

Los científicos Lisa Cummings y Monk Kokkalis estaban en aquel momento investigando la crisis médica que se había producido en algunas islas de Indonesia. Habían salido aquella misma mañana como adjuntos de la Organización Mundial de la Salud.

Gray abrió la mosquitera y estrechó la mano de su jefe. Sabía que el interés de Painter por el viaje de aquella pareja iba más allá de sus funciones como director de operaciones de campo. Mostraba la preocupación de un hombre enamorado.

—Estoy seguro de que Lisa está bien —lo tranquilizó, sabedor de que Lisa y él prácticamente no se habían separado en los últimos tiempos—. Bueno, siempre que se haya llevado taponos para las orejas. Los ronquidos de Monk podrían hacer vibrar el motor del ala de un avión de reacción. Y ya que hablamos del hombre corneta, si se entera de algo informe a Kat...

Painter levantó una mano.

—Ya me ha llamado al BlackBerry dos veces esta noche para preguntarme si sabía algo. —Dejó el whisky—. Me pondré en contacto con ella en cuanto tenga noticias.

—Sospecho que ahora que tiene dos mujeres a las que atender, Monk se adelantará a esa llamada.

Painter sonrió, aunque con aire cansado.

Hacía tres meses Kat y Monk habían tenido una niña que

había pesado casi tres kilos y a la que habían bautizado con el nombre de Penelope Anne. Cuando le habían asignado esa misión, Monk había bromeado sobre la suerte de escapar de los pañales y los biberones de medianoche, pero Gray se había dado cuenta de que tener que abandonar a su mujer y a su hija destrozaba el corazón de su amigo.

—Gracias por venir, director. Nos vemos mañana.

—Da las gracias de mi parte a tus padres.

Gray miró hacia la luz que se veía en el ala izquierda de la casa, proveniente del garaje que había en la parte trasera. Su padre se había retirado allí hacía un rato. Aquel día no todos los fuegos artificiales habían explotado en la calle. En los últimos tiempos, conforme avanzaba su alzhéimer, las reuniones sociales se le hacían cada vez más difíciles y olvidaba nombres y repetía preguntas ya contestadas. Aquella frustración había propiciado un enfrentamiento entre ellos y después, su padre se había recluido en el garaje.

Cada vez pasaba más tiempo allí. Gray sospechaba que no se trataba tanto de esconderse del mundo como de cerrar filas, de buscar un lugar solitario en el que proteger lo que le quedaba de sus facultades, de encontrar consuelo en las virtudes de roble que sacaba con su cepillo de carpintero o en apretar bien un tornillo. Sin embargo, a pesar de su meditativo comportamiento, Gray se daba cuenta del creciente miedo que reflejaban los ojos de su padre.

—Se las daré —murmuró.

Los últimos invitados se unieron a Painter. Algunos se detuvieron para despedirse de su madre y Gray dijo adiós a otros. El porche se quedó vacío.

—¡Gray! —gritó su madre desde el interior—. ¡La basura!

Suspiró y se agachó para coger el cubo de basura lleno de botellas vacías, latas y vasos de plástico. Ayudaría a su madre a limpiar y después recorrería en bicicleta el corto trayecto hasta su apartamento. Tras cerrar la mosquitera a su espalda, apagó las luces del porche y se dirigió hacia la cocina. Oyó el zumbido del lavaplatos y ruido de cacerolas en el fregadero.

—Madre, ya lo acabaré yo —propuso cuando entró en la cocina—. Vete a dormir.

Su madre se dio la vuelta. Llevaba unos pantalones de algo-

dón de color azul marino, una blusa de seda de color blanco y un delantal de cuadros mojado. En momentos como ése, agobiada por una noche con invitados, su avanzada edad se hacía patente. ¿Quién era esa anciana de pelo gris que estaba en la cocina de su madre?

El trapo mojado que le lanzó a la cara deshizo el engaño.

—Ocúpate de la basura, casi he acabado. Y dile a tu padre que entre; a los Edelmann no les gusta que trabaje con la madera por la noche. Ah, y he envuelto lo que ha sobrado del pollo de la barbacoa, ¿puedes meterlo en la nevera del garaje?

—Tendré que hacer dos viajes —dijo cogiendo dos bolsas de basura con una mano y sujetando el cubo de botellas vacías bajo el otro brazo—. Ahora vengo.

Utilizó la cadera para abrir la puerta trasera y salir al oscuro jardín. Bajó con cuidado los dos escalones y se dirigió hacia el garaje y la fila de cubos de basura que había en uno de sus laterales. De repente se dio cuenta de que andaba con paso lento, intentando evitar que las botellas hicieran ruido, pero un aspersor le traicionó.

Tropezó y el cubo de las botellas se agitó mientras intentaba mantener el equilibrio. El terrier escocés de los vecinos se quejó ladrando.

«¡Mierda!»

Su padre soltó una maldición en el garaje.

—Gray, échame una mano.

Gray dudó. Después de un enfrentamiento casi a gritos con él aquella tarde, no le apetecía un bis a medianoche. Durante los dos últimos años se habían llevado bastante bien y después de toda una vida de distanciamiento hasta habían encontrado puntos en común. Pero el mes anterior, cuando una de las pruebas cognitivas había vuelto a salir mal, la voz de aquel hombre taciturno había vuelto a adquirir un tono crispado, demasiado conocido y poco grato.

—¡Gray!

—¡Espera! —Dejó la basura en uno de los cubos abiertos y el de las botellas al lado. Se preparó y acudió hacia la luz que salía del garaje.

Le saludó una bocanada de olor a serrín y aceite que le recordó tiempos peores. «Trae la correa, pedazo de... Te lo pensa-

rás dos veces antes de volver a utilizar mis herramientas... es-
pabila o te daré una...»

Su padre estaba arrodillado junto a una lata de café llena de clavos que se habían derramado. Los estaba recogiendo. Gray se fijó en las gotas de sangre que caían de una de sus manos.

Al oírlo entrar levantó la cabeza. Una vez iluminados por el fluorescente no había duda de que eran familia. Los ojos azules de su padre tenían la misma frialdad que los suyos. Sus caras estaban talladas con las mismas afiladas facciones y barbilla, que denotaban una ascendencia galesa. No había forma de evitarlo, se estaba convirtiendo en su padre. Y a pesar de que todavía tenía el pelo negro como el carbón, alguna cana demostraba aquel proceso.

Al ver la mano ensangrentada hizo un gesto hacia el fregadero.

—Ve a lavártela.

—No me digas lo que tengo que hacer.

Gray abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor y se agachó para ayudarle.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba buscando tuercas de madera —contestó indicando con la mano herida hacia el banco de trabajo.

—Pero esto son clavos.

Su padre lo atravesó con la mirada.

—¡No me digas, Sherlock! —exclamó con un pozo de rabia en la mirada apenas reprimida, aunque Gray se dio cuenta de que por una vez no iba dirigida a él.

Guardó silencio y empezó a meter los clavos en la lata. Su padre se miró las manos, una tenía sangre y la otra no.

—¿Padre?

El alto hombre meneó la cabeza y finalmente dijo con voz suave:

—¡Maldita sea!

Gray no quiso discutir.

Su padre había trabajado en los campos de petróleo de Texas hasta que la pérdida de una pierna a la altura de la rodilla en un accidente lo había discapacitado y convertido en ama de casa. Gray tuvo que apechugar con la mayor parte de la frus-

tración que le produjo; siempre le encontraba algún defecto y le creía incapaz de ser el hombre que quería que fuese.

Contempló cómo se miraba las manos y se dio cuenta de una dura verdad: quizá su padre había dirigido toda esa cólera hacia sí mismo, como en ese momento. No tanto por la frustración que le producía su hijo, sino por no poder ser el hombre que quería ser. De nuevo, su discapacidad le estaba arrebatando incluso ese deseo.

Gray intentó pensar en algo.

De repente, el rugido de una moto le impidió cualquier tipo de reflexión. Al otro lado de la calle se oyó el chirrido de unas ruedas que marcaban con caucho el asfalto.

Se incorporó y dejó la lata en una estantería. Su padre maldijo al descuidado conductor, que seguramente sería un juerguista borracho. A pesar de ello, Gray bajó la intensidad de las luces.

—¿Qué haces?

—Mantente agachado —le ordenó.

Algo extraño estaba pasando.

Una Yamaha V-max, negra y potente, apareció ante sus ojos, ligeramente escorada, con las luces apagadas. Era lo que le había crispado los nervios. No había visto ninguna luz en la calle que anticipara el rugido del motor. La moto avanzaba a oscuras.

Sin perder velocidad, se inclinó sobre un costado. Las ruedas traseras empezaron a soltar humo cuando intentó torcer hacia la entrada de la casa. Vaciló, recuperó el equilibrio y finalmente aceleró.

—¡Qué coño...! —gritó su padre.

El conductor compensó el giro y la moto dio bandazos de un lado a otro. Después, el choque contra la acera hizo que se inclinara hacia un lado. El motorista intentó controlar la máquina, pero el guardabarros trasero se enganchó en el borde del escalón del porche.

La moto cayó en medio de una lluvia de chispas, como si fuera otro de los actos programados para el Cuatro de Julio. En el suelo, el conductor fue rodando hasta aterrizar despatarrado cerca del garaje.

En la entrada, el motor de la moto se ahogó y se paró sin dejar de echar chispas.

La oscuridad volvió a hacerse patente.

—¡Por dios! —exclamó su padre.

Gray levantó una mano para indicarle que se quedara en el garaje. Con la otra sacó una Glock de nueve milímetros de la pistolera que llevaba en el tobillo y se acercó a la postrada figura, toda vestida de negro: cuero, pañuelo y casco.

Un suave gemido reveló dos cosas: el motorista seguía con vida y era una mujer. Estaba acurrucada, con el cuero desgarrado.

La madre de Gray apareció en la puerta trasera, a la luz del porche, atraída por el ruido.

—¿Gray?

—Quédate ahí —le ordenó.

Cuando se acercó a la accidentada motorista se fijó en algo que había a pocos pasos de la moto, algo negro que destacaba en el blanco cemento de la entrada. Parecía una columna achaparrada de piedra negra, agrietada por el impacto. En su oscuro interior un destello metálico reflejaba la luz de la luna.

Pero fue otro destello plateado el que captó su atención cuando llegó al lado de la conductora.

Era el colgante que llevaba al cuello. Con forma de dragón.

Lo reconoció de inmediato. Él llevaba uno idéntico, regalo de un viejo enemigo, como advertencia y a la vez promesa para cuando sus caminos volvieran a cruzarse.

Apretó la pistola con más fuerza.

La mujer rodó hasta ponerse de espaldas y lanzó otro gemido. Había dejado una mancha de sangre en el cemento, un río de color negro que avanzaba hacia el cortado césped trasero. Gray se fijó en la herida abierta de salida.

Le habían disparado por la espalda.

Se quitó el casco y una cara familiar, crispada por el dolor y enmarcada en una melena castaña, lo miró. Su bronceada piel y sus ojos almendrados no dejaban duda alguna sobre su ascendencia euroasiática y su identidad.

—¡Seichan!

La mujer extendió una mano.

—Comandante Pierce... Ayúdeme...

Notó el dolor en sus palabras y también algo que no creía poder oír en ese frío enemigo.

Terror.